

CAMBIO CLIMÁTICO, CALENTAMIENTO GLOBAL, EFECTO INVERNADERO

EXAGERACIÓN - ERROR - IMPOSTURA

POR

PATRICIO H. RANDLE

Mucha gente se pregunta, con razón, si detrás de las opiniones y teorías en contra de la teoría del calentamiento global no hay presiones de la gran industria y de otros factores como los del petróleo interesados en lavar presuntas culpas. Y a continuación se resisten a razonar con calma sobre el problema.

Pero lo que muy pocos se preguntan es si no hay alguna clase de intereses en difundir versiones inquietantes sobre el efecto invernadero.

Pocos son, en efecto, quienes tienen curiosidad en averiguar cuáles son los intereses que financian a las ONG —algunas muy dispendiosas como *Greenpeace* que pone barcos propios con su tripulación, que se ocupan, entre otras cosas, en exagerar los efectos del recalentamiento atmosférico global sembrando un alarmismo que se traduce luego en la obtención de jugosas subvenciones—. Y, llegado el caso, preguntarse si poderosas empresas multinacionales fácilmente sospechadas por la opinión pública de tener alguna responsabilidad no son extorsionadas, indirectamente, para contribuir al sostenimiento de entidades ecologistas que no atacan exactamente el área donde desarrollan sus actividades. Al fin y al cabo, para la ecuación "coste-beneficio" que prevalece en el capitalismo, no cuesta nada subsidiar a estos grupos en tanto se dirijan a algún tipo de contaminación ajeno.

Otro aliado de quienes están interesados en hacer cundir la alarma profetizando catástrofes son los que explotan lo que puede calificarse como la "cultura del miedo" que, hoy en día convence fácilmente a través de medios de un realismo patético, como el cine y la televisión. No se trata de nada nuevo por cierto pero en este caso especial lo hace apelando a la sensibilidad irracional o a razones subjetivas.

Riesgos con la Naturaleza siempre ha habido pero eran aislados y concretos, nunca globales, y no generaban estados de histeria colectiva o poco menos. Solamente la famosa experiencia de Orson Welles con su ficticia invasión extraterrestre (cuando todavía nadie hablaba de ello) dió una idea de lo que podría ser un pánico global, a escala planetaria.

Sin embargo, después de la última Guerra Mundial, la sensación de seguridad colectiva que imperaba hasta antes de la explosión atómica fue minada de raíz. Especialmente en el país que la fabricó y la hizo estallar. Poco después comenzó a concebir la idea de que en manos enemigas e irresponsables eran una amenaza posible o que, además, se pudiese generar una explosión en cadena de consecuencias planetarias. Así se gestó, tal vez, la primera histeria colectiva. Otra clase de amenazas que ponían en peligro la civilización exacerbando los riesgos que corría el mundo ganaron terreno: el desabastecimiento de alimentos del Tercer Mundo, la explosión demográfica, el avance de la desertificación, la megaurbanización, el agotamiento del agua potable, la elevación de niveles de arsénico, la lluvia ácida, el agujero de ozono, la radioactividad descontrolada, todo ello y algo más.

Cualquiera de estos síntomas, reales o imaginarios, exagerados o en un futuro hipotético, han contribuido a alimentar toda una cultura del miedo, por lo demás hábilmente explotada por los empresarios del espectáculo masivo, que se caracteriza por el efecto multiplicador de una causa potencial con consecuencias desproporcionadas.

Otra característica de la cultura del miedo consiste en convencer de la impotencia del género humano frente a fuerzas incontrolables una vez desatadas. Lo cual quedó patentizado con

el episodio de las Torres Gemelas, cuya causa en cierto modo difusa han provocado las más disparas reacciones confirmando así la efectividad del objetivo: sembrar el terror, el miedo con ribetes irracionales que es una meta psicológica más refinada que eliminar 3.000 seres inocentes.

Sin embargo, nada es comparable con la dimensión catastrófica a que puede llegar un cambio climático abrupto si, además, se persuade a la gente de que ya está en marcha.

Dudas

Paul Kennedy en su best seller *Hacia el siglo XXI* de 1993, acepta sin la menor hesitación la teoría del calentamiento global y, a partir de ello, hace consideraciones sobre sus efectos traspolando ejemplos tomados de los EEUU y de Europa como responsables máximos de efectos invernadero al futuro inmediato de dos potencias en pleno desarrollo como China e India como para conmover a la opinión pública.

Entre los argumentos de los que echa mano es la supuesta destrucción de los bosques sudamericanos, arriesgando afirmar —en 1992— que “para el año 2000, tres cuartas partes de esos bosques pueden haber sido talados”. O sea, ocho años antes se permite hacer un pronóstico tan lapidario como errado, pues de haber continuado ese proceso al mismo ritmo —como suelen suponer los pronosticadores por afición— la cuarta parte restante debería haber desaparecido hoy. Y Kennedy pasa por ser un autor serio por lo cual podemos imaginar que han dicho otros menos serios.

El argumento corriente entre los ambientalistas culmina alertando sobre los efectos que tendrán lugar dentro de la vida de la próxima generación según el cual el efecto invernadero “convertirá en inhabitable muchas regiones del planeta y provocará un caos inimaginable en la vida de nuestros descendientes como para enloquecer a las abuelitas que no creen en nada que no sea la televisión”.

En otro orden de cosas el Presidente Clinton “compró” lo del cambio climático y votos ingentes sumas de dinero para investi-

garlos, claro que siempre sobre la base de que era ineluctable. Los partidarios del Presidente Bush se sirvieron de ello para argüir que en vez de politizar una cuestión científica, todavía en estudio, más le hubiera valido ocuparse de otra amenaza mucho más inmediata como resultó ser la del terrorismo.

Por tratarse de un asunto "global", las Naciones Unidas decidieron tomar cartas en el asunto formando un panel intergubernamental sobre cambio climático hacia fines de los años '80, integrado mayoritariamente por un gran caudal de funcionarios internacionales y algunos científicos sometidos a la batuta de aquellos.

Un Primer Informe sobre la cuestión lo había producido el Congreso de los EEUU, que declaró, empero, que sería muy difícil detectar la influencia humana sobre el clima, aunque todos compartían la preocupación de que eventualmente podría haberla. Cinco años después, la IPCC —*Intergovernmental Panel on Climate Change*— arriesgó a decir que era factible discernir la influencia humana sobre el clima. Sin embargo lo cierto es que el dictamen de los científicos integrantes del Panel no había podido confirmar explícitamente dicha influencia. Ocurrió que, como suele ser habitual en estos casos, la redacción final del Informe fue dejada en manos de los burócratas locales cuando los científicos ya habían abandonado el Cuartel General de la ONU. Y, como le contestó Pilatos a los Sumos Sacerdotes lavándose las manos: *quod scripsi scripsi*. No hay que omitir decir que el "Panel on Climate Change" es una organización política en la que las resoluciones se toman por simple mayoría.

Ahora bien ¿por qué esa tendencia a exagerar lo que supuestamente sería un hecho, un problema genuino que requiere una acción concreta? ¿Por qué habrían de organizarse campañas publicitarias exhaustivas y costosas en medios de difusión masiva para un público sin preparación previa para digerirlas?

La respuesta es que los medios son un mercado que se encuentra saturado. La gente está siendo bombardeada por miles de mensajes por minuto. Para conseguir la atención del público hay que levantar la voz, exagerar el énfasis para tratar de movilizar a la opinión. Eso es lo que se hizo en ocasión de la firma del Tratado de Kioto, por ejemplo.

Ya hemos visto lo que es el IPCC —un organismo netamente político con ribetes técnicos— como para qué nos convenzan unos autores alemanes cuando afirman sentenciosamente: “Hace años que este Panel advierte de la notable influencia humana sobre el clima mundial” (1). ¿Es que puede bastar que Tony Blair haya declarado que “hemos hecho avances en la cuestión del *climate change*” para que demos por hecho que en realidad se ha verificado?

¿Acaso el Club de Roma, con sus famosas profecías catastrofistas fallidas —aunque olvidadas— podrían hoy aterrorizarnos? ¿El hecho de que sus informes anuales sobre “El estado del mundo” haya sido traducido a 27 idiomas legitima hoy la validez de sus temerarias afirmaciones? A algunos, ciertamente, los convence. No a John Maddox, editor de *Nature* ni *The Economist* que dedicó todo un número al tema y que tituló: “Miedos ambientales, mucho de tenebroso” (2) En ambas fuentes se sintetiza la estrategia catastrofista de esta manera: 1.º se anuncia una amenaza potencial deducida de algún descubrimiento científico o de una extrapolación estadística, 2.º se lo divulga sobresimplificándolo y exagerando sus consecuencias y 3.º se decreta lo siguiente: “Usted acepta que el mundo se acerca a su fin y enciende en Usted una sagrada indignación o Usted resulta ser un lacayo pagado por los grandes intereses comerciales”.

A Lester Brown, por ejemplo, el conocido activista ecológico que convocó nada menos que a sus íntimos amigos, Ted y Jane —Ted Turner y su pareja de entonces Jane Fonda— para que la CNN insistiera en difundir programas documentales que, por esta recomendación, dan por comprobado el efecto invernadero con dimensiones alarmantes y lo difunden, literalmente, a todo el mundo.

Brown, a través de su *World Watch Institute*, en 1973 comenzó con sus predicciones ominosas tales como que pronto el aumento de la población mundial dejaría atrás a la producción de

(1) HABS-PETER MARTIN y HARALD SCHUMANN: *La trampa de la globalización*, Madrid, 1998, pág. 42 et seq.

(2) Cfr. JOHN MADDOX: *The Domsday Syndrome*, N.Y. 1976.

alimentos aunque lo cierto es que desde 1961 la población mundial no ha llegado a duplicarse mientras las producción mundial de alimentos a superado el 100% de incremento.

Otra usina influyente en la opinión pública es la *National Geographic*, institución vulgarizadora con mucho más aparataje comunicacional que auténtica investigación geográfica. En su entrega dedicada al tema la tituló: "Advertencia global" —título por lo demás intimidatorio— donde sentenció: "El clima está cambiando a un ritmo desalentador. Los glaciares retroceden, desprendimientos del casquete polar se están fracturando, el nivel del mar asciende, el permafrost se derrite" (3).

Toda la revista está llena de advertencias, sólo que el abuso del tiempo condicional en los verbos —en lo cual mucha gente no repara— debería alertar acerca de lo aleatorio de sus afirmaciones.

EJEMPLOS:

- "El desagüe de agua dulce en los océanos PODRÍA cambiar el curso de las corrientes que juegan un rol vital en el clima".
- "En el próximo siglo algunas costas marítimas PODRÍAN trasladarse millas tierra adentro por aumento del nivel del mar".
- "Tomando medidas hoy para refrenar las emisiones de gases invernadero se PODRÍAN limitar esos impactos".
- "La ruptura de las circulación termo-salina (agua cálida salina como las corriente del Golfo) continúa siendo una POSIBILIDAD inquietante".
- "IPCC en su Informe 2001 hizo una proyección según la cual el nivel de los océanos se elevará entre 4 y 35 pulgadas a fin del siglo XX, lo cual SERÍA un desastre".

El Protocolo de Kioto es un tratado internacional con el propósito de reducir la temperatura de la Tierra en 0.04°C para el año 2100. O sea, cuatro centésimos de grado dentro de un siglo.

(3) *The Economist*: "Plenty of Gloom", 20-XII-97; *National Geographic*: "Global Warming. Buletins for a warmer world", septiembre 2004, págs. 2-75.

Y esta cifra ha sido publicada en revistas científicas de primer nivel repetidas veces. Últimamente *Nature*, la revista más prestigiosa del mundo en investigación científica, estima un aumento de 0.02° para 2050 (4). El IPCC produjo modelos que mostraban un incremento mayor pero ninguno superó los 0.15° o sea quince décimas de grado.

Muchos países reunidos en Kioto se adhirieron inmediatamente, sin discutir, y esa masa crítica de naciones funcionó como un *lobby* para persuadir a los restantes.

Ahora bien, ¿por qué hacer un tratado internacional que, en el mejor de los casos, logrará tan poco? Si acaso, se podría reducir el anhídrido carbónico aunque las fuentes alternativas de energía no podrán contribuir suficientemente: la eólica, la solar, ni la nuclear, podrán lograrlo. Harán falta tecnologías aún no descubiertas, ni desarrolladas, como el hidrógeno.

Es bueno recordar que hubo predicciones fallidas como la de Amory Lovins que hace 20 años predijo que para el año 2000 un 35% de toda la energía de los EEUU sería generada por fuentes alternativas. De hecho esa cifra se redujo a sólo un 6%. En Japón es del 5%, igual que en Alemania, en Inglaterra del 2% y en Dinamarca del 8%.

Para cubrir las necesidades de los EEUU haría falta cubrir con paneles de energía solar de 27.000 km² de superficie, equivalente a todo el estado de Massachussets y en 2050 el del estado de Nueva York, según un artículo publicado por *Science* la revista científica más reputada de los EEUU (5).

Otro aspecto del Protocolo de Kioto es el económico, el cual ha sido estudiado con toda minuciosidad por Bjorn Lamborg, autor del libro *The Skeptical Environmentalist* y organizador del "Consenso de Copenhague" el cual sostiene que se trata del "tratado mundial más costoso de la historia" (*sic*).

Si se aplicaran a rajatabla las normas fijadas por el tratado de Kioto hasta 2010, el cambio en consecuencia sería imperceptible:

(4) *Nature*, 22 octubre 2003, págs. 395-741.

(5) MARTIN HOFFERT: "Advance Technology, Paths to Global Stability. Energy for a Greenhouse Planet", *Science* 298, núm. 1, 2002, págs. 981-987.

el calentamiento se retrasaría tan sólo seis años y el costo sería de por lo menos 150.000 millones de dólares anuales. 150.000 millones son mucho dinero para obtener un pequeño beneficio que, entretanto, moviliza muchos intereses que distorsionan la realidad. Paul Kennedy estima en 125 millones al año la inversión necesaria para financiar programas ambientales.

Las ONG pretenden representar el papel de los "buenos" de la película y los industriales —*in totum*— el de los malos... Es un planteo simplista e interesado tanto como sería el caso inverso. Ni tan buenos, ni tan malos. Pero todo tan lejos del enfoque científico y de la búsqueda de la verdad.

Ciertamente que en un extremo hallamos entidades absolutamente inocentes de los intereses creados como la Audubon Society o el Sierra Club, pero que hacen el papel de "idiotas útiles" manipulados convenientemente por los fundamentalistas del ecologismo que buscan imponerse ideológicamente.

En el otro extremo, ya abiertamente ¿han oído hablar del Frente de Liberación Ambiental? Pues pronto lo escucharán. Son los activistas que se ceban en la "acción directa" frustrados por haberse quedado sin misión una vez terminada la "guerra fría".

Otro tema que impresiona fácilmente al público es el derretimiento de los glaciares sobre la base de unos pocos casos aislados. Ahora bien, ocurre que en el mundo hay alrededor de 160.000 glaciares de los que unos 67.000 han sido inventariados, sólo en contadas ocasiones han sido monitoreados y estudiados en detalle.

Por ejemplo, el Monte Kilimanjaro en África ecuatorial ha estado derritiéndose desde los años 1800, mucho antes de que se pudiera suponer un calentamiento global. Se trata de un volcán en una región cálida. Las mediciones satelitales no demuestran ninguna tendencia al calentamiento a la altitud del glaciar del mismo nombre.

Ahora bien, ocurre que la causa del retroceso del mismo ha sido la deforestación —y no un cambio climático— que se produjo en las laderas y piedemonte, de modo que el viento que sopla contra él y se eleva ya no es húmedo. Los expertos creen que si el piedemonte fuera forestado de nuevo el glaciar volvería a crecer.

Por lo demás resulta que la Tierra ha vivido durante los últimos 700 años una edad geológica glacial caracterizada por el avance y el retroceso del hielo. Nadie, con certeza, sabe por qué pero el hielo cubre el planeta cada 100.000 años con menores avances cada 20.000 aproximadamente. El último avance fue hace 20.000 años por lo que ahora estaríamos por comenzar el próximo.

Por el contrario, en Islandia hay glaciares que avanzan a razón de 100 metros diarios. La primera mitad de siglo xx fue más cálida que la segunda, igual que en Groenlandia. Desde 1940 se nota una tendencia al frío. La cobertura de hielo de Groenlandia y de sus costas no sigue la tendencia del calentamiento global corriente (7). Adviértase que la expresión "tendencia" es científicamente vaga y que "corriente" no implica que esté legitimada sino que simplemente es la más difundida.

Desde hace 5 billones de años nuestro planeta es sorprendentemente activo. Tenemos 500 volcanes en erupción cada dos semanas. Hay un millón y medio de sismos por año y uno moderado —de 5° en la escala de Richter— cada seis horas y otro mayor cada diez días. Los *tsunamis* no son nuevos y corren a través del Océano Pacífico cada tres meses de promedio.

Nuestra atmósfera es tan violenta como la tierra debajo. Pensar que el factor humano tiene un papel importante y creer que es posible estabilizar esta atmósfera es de una increíble arrogancia.

Hace 14.000 años aparecieron los primeros pinos y constituyeron el bosque virgen para los siguientes 4.000 años. Luego el clima cambió. Se puso más cálido y todos los glaciares de California se derritieron. Luego, hace 6.000 años, el clima cambió otra vez y se hizo más húmedo.

Los científicos han comprobado que los bosques han estado cambiando de continuo su composición. Cada lapso de 1.000 años es diferente del anterior. Y, además, hay que contar que los primitivos habitantes indígenas —sin industrias contaminantes—

(6) BJORN LOMBORG: "El precio del Tratado de Kioto", *La Nación*, 15-II-05.

(7) *Climate Change*, núm. 63, págs. 201-221.

contribuyeron al cambio por lo menos durante ese lapso en América.

Los bosques que vieron los primeros europeos en llegar a este continente tenían muy poco de originarios, de vírgenes; eran cultivados.

En esta materia háy mucha desinformación, algo frecuente entre los ecologistas más inclinados a la acción que al estudio. Por ejemplo, se repite que la Antártida se está derritiendo y a fuerza de reiterarlo se acepta como verdad. Lo cierto es que la única parte en donde se ha verificado esto es en un deshielo parcial de la Península homónima, cuya superficie es apenas el 2% de toda la superficie del continente antártico y sale más al Norte del Círculo Polar. El resto, por el contrario, se está congelando a razón de 7° por década de 1986 a 2000 y la capa de hielo es cada vez más espesa. Por lo demás —en términos globales— la Antártida se está derritiendo desde hace 6.000 años ¡desde la era del Holoceno! Pero esto no se dice porque no es novedad.

Exageraciones

Ahora bien, la teoría actual del calentamiento global —un aumento gradual de la temperatura de la atmósfera terrestre— sostiene que obedece a un incremento de los gases invernadero como el anhídrido carbónico —o bióxido (o dióxido) de carbono como se dice ahora en traducción literal del inglés— que atrapa calor y previene su escape en el espacio exterior. O sea que la atmósfera misma se calienta como lo haría dentro de un invernáculo o invernadero.

Este efecto, se presume, es el mismo en todo el mundo, de allí que se hable de calentamiento global, aunque las mediciones científicas no siempre son concordantes pues a niveles idénticos de anhídrido carbónico se ha comprobado que dos ciudades próximas como Nueva York y Albany, separadas por poco más de 200 km., resulta que una es bastante más cálida y la otra, ligeramente más fría. Nueva York registra un aumento de 5° Fahrenheit en 178 años y Albany una declinación de ½ grado en 180 años.

Esta diferencia, verificable en otros casos demuestra que las variantes temperaturas promedio a nivel terreno, obedecen más al grado de urbanización y en esto no interviene para nada el calentamiento atmosférico global por lo que no corresponde hablar de efecto (invernadero).

Sin embargo, la teoría insiste en que el calentamiento global es la causa de un abrupto cambio climático, pero si es verdad que el calentamiento ocurre porque hay un incremento del anhídrido carbónico y otros gases invernadero en la atmósfera, no se suele precisar que ese aumento es mínimo, del orden de 316 partes por millón anteriores contra 376 actuales.

Desde ya puede uno deducir que la cuestión comienza por ser exagerada. Y, por lo demás que los cambios climáticos son connaturales con el planeta como se ha visto y se verá mas adelante.

Reducido a una noticia, el calentamiento global se traduce en una amenaza cierta para el mundo. Sus efectos serían: que las cosechas fracasarían (¿usted lo vio?); que los desiertos se extienden, el Sahara se ha achicado desde 1980 (8); que la extinción de las especies es alarmante. Pero resulta que Paul Ehrlich predijo que en 2000 el 50% de las especies habrían desaparecido, lo que nunca se verificó ya que ni siquiera se sabe a ciencia cierta cuantas especies hay en el planeta, mientras las imprecisas estimaciones oscilan nada menos que entre 3 y 100 millones, sin contar que cada año se describen unas 1500 nuevas especies.

Otro tema escalofriantes es el aumento del nivel el mar que también parece un tema "instalado" fuera de toda discusión. Tan instalado como el pánico que sembraron las abejas africanas o el efecto Y2K que hizo creer al mundo en un inminente desastre y que luego se diluyó en la memoria o, más recientemente el temor a la tormenta electromagnética por efecto de erupciones solares. ¡Lo que ocurre es que nadie lee los diarios atrasados!

El tema del calentamiento global recluta fácilmente adeptos pues toca la cuerda del amor a la Naturaleza como otras cuestiones el ecologismo.

(8) *New Scientist*, núm. 175, 21-IX-02, págs. 4-5.

De paso, este amor a la Naturaleza tiene su lado nada desinteresado pues en el caso que nos ocupa sirve de imán para obtener fondos para financiar entidades con personal de dedicación exclusiva y bien pagados, gastos ingentes de publicidad, abogados que litigan por sumas siderales contra las más poderosas multinacionales; cierto que casi exclusivamente en los EEUU, donde se ha generado una verdadera industria del juicio. Y donde se mueve mucho dinero hay mucho poder en juego (de un lado y del otro) hasta llegarse a perder de vista las motivaciones iniciales.

Así pues existen industrias condenadas —o bajo la espada de Damocles— a pagar cifras astronómicas para detener o disminuir emisiones que intervendrían de alguna manera en el calentamiento global aunque en muchos casos no hay proporcionalidad ni posibilidad de evaluar daños monetariamente.

De hecho, los efectos económicos del calentamiento global serían mucho más indirectos que los producidos por sustancias contaminantes determinadas, por lo que es harto aleatorio juzgarlos con valores absolutos. Por lo demás, analizar todos los efectos concienzudamente importaría considerar muchas variables económicas y sociales sutilmente entrelazadas.

Frente a casos netos de contaminación, lo que se puede y debe hacer es favorecer los procesos menos invasivos sin perjudicar la economía como bien común y no en razón de un calentamiento global teórico sino por razones de salud pública evidentes.

Imposturas

No es que sean verdades realmente. Al contrario, son medias verdades —imposturas—, un sutil método para mentir. Pero hoy día, en la era de la difusión masiva, cuando una versión ha sido repetida y difundida hasta saturar la opinión pública, insensiblemente pasa a convertirse en una verdad dada por supuesta. O, como se dice ahora: ya esta "instalada".

En el fondo no se trata de nada esencialmente nuevo sino del "mentid, mentid que algo queda" de Voltaire (falsamente atribui-

do a Goebbels). Actualizado por el efecto multiplicador que tienen los medios de comunicación. Y la falsa autoridad que se les atribuye: ¿lo dijo la televisión? —como si fuera una protagonista y no un mero medio transmisor— ¡ah, entonces es cierto!

Lo del recalentamiento global se ha repetido tantas veces que ya no hace falta explicarlo para ser aceptado por las masas. Nadie sabe bien cómo pero nadie se anima a ponerlo en duda. Ya está instalado.

En los EEUU bajó el índice de criminalidad pero los norteamericanos están más asustados que nunca simplemente porque el espacio en la sección crímenes ha aumentado en los medios; varios centímetros en los diarios y minutos en la televisión y la radio. Y, como se sabe, ahora toda realidad mediática es la única realidad.

También el efecto invernadero o el cambio climático es objeto de un operativo de prensa y mucha gente —porque se viste con ropajes científicos— no lo advierte.

No sería un enfoque honesto el que no destacara la influencia desproporcionada que tienen los medios de difusión en comparación que tiene la envergadura de la investigación científica sobre la que se apoyan en punto a esta cuestión y que es mucho menor y más aleatoria que la que se necesita.

Lo cierto es que hace falta más investigación de la Naturaleza, especialmente en los países más desarrollados y en cambio hay otro tipo de investigaciones consistente en hacer predicciones en base a modelos de simulación que han llegado a un punto abusivo.

Michael Crichton que en su novela-ensayo *State of Fear* —al que frecuentemente nos referimos— advierte sobre las exageraciones ecologistas, propone contrarrestar la influencia de los medios que difunden mecánicamente supuestas evidencias dramáticas sobre los peligros de un cambio abrupto de clima mediante un etiqueta-advertencia adherida a los modelos, que dijera: “Atención: simulación por computadora. Puede ser errónea o inverificable”.

El mismo Crichton ha hecho un estudio sobre los conceptos y los términos que aparecen en los medios con mayor frecuencia

tales como: "crisis, catástrofe, cataclismo, plaga, desastre". Por ejemplo en los años '80 en los EEUU, la palabra crisis apareció en las noticias casi tan a menudo que la palabra presupuesto. Además antes de 1989, adjetivos como "*nefasto, sin precedentes, terrible*", no eran comunes en televisión, ni en los titulares de los diarios. Pero eso cambió. La palabra catástrofe fue empleada cinco veces más en 1995 que en 1985 y se ha duplicado en 2000. Por lo tanto ha aumentado el énfasis sobre *terror, preocupación, peligro, incertidumbre y pánico*. Lo que se llama una fascinación morbosa por el tremendismo.

¿Por qué cambiaría en 1989? Un año —climatológicamente hablando— como todos los demás pero plagado de noticias sensacionales como el colapso del muro de Berlín —prolegómeno de la caída de la Unión Soviética— y final de la Guerra Fría.

Lo que había sido "noticia" durante 50 años ya no lo era más. Había que buscar, entonces, una crisis: la ambiental que ocupara el sitio de la desaparecida Guerra Fría.

Para lograrlo, había que estructurar la información de forma que cualquier episodio llamativo en las condiciones meteorológicas pudiese presentarse como resultado y parte de un fenómeno climático, sean inundaciones, ciclones o huracanes, atribuibles al calentamiento global.

Pero no sólo el periodismo sensacionalista —y el otro que presume de "serio" y a veces es peor porque engaña más sutilmente— han llevado el efecto invernadero al primer plano, el otro factor lo encarnan los investigadores científicos que se han orientado hacia esta temática por la ley el mínimo esfuerzo; porque allí se obtienen subsidios más fáciles o las universidades son más sensibles a la novedad.

También han sido atraídos por la cuestión, pero por motivos inconfesables, gobiernos, políticos, ONG, y burócratas internacionales que han creído sin equivocarse que sembrando el miedo por los efectos del cambio climático obtendrían una mayor atención de la población e, indirectamente, ganar algunos resortes de control social.

Y, finalmente, en este conjunto de causas que han inflado el tema hay que agregar a los abogados rapaces, ávidos de litigar

por grandes sumas de dinero contra grandes empresas solventes hartas de disparejos (sean tabacaleras, petroleras, de implantes de silicinas o supuestamente causantes de distintas formas de cáncer) que logran fácil presencia en los medios en parte porque no suele haber magistrados entrenados en materia ambiental, que resultan cautivos de peritos dudosos que no hacen otra cosa que magnificar la importancia de las cuestiones.

Es un hecho conocido que una tendencia mundial al calentamiento comenzó en 1850, aunque en mínima proporción. Pero eso, naturalmente, no es noticia.

Según el *United Historical Climatology Network* un gráfico registra las temperaturas de West Point entre 1900 y 2000 exhibe un incremento de 0.8° F. Aproximadamente menos de medio grado centígrado. Pero otro gráfico que abarca el período 1826-2000 revela que en ambos extremos no hubo cambio y se mantiene en 51° F.

También es verdad que existe una guerra entre medios. Es cierto que la industria del petróleo y la automotor diseminan la información de los glaciares que están creciendo y la usan contra la teoría de calentamiento global. Entre medio quedan los científicos que suelen ser usados en un sentido o en otro. Pero esto no es nuevo, ni un caso aislado. Algo semejante ocurre con la Teoría de la Evolución y hasta con la de la Relatividad, manoseadas por periodistas superficiales que sacan conclusiones rápidas y modelan lo que sin precisión se llama "la opinión pública", luego invocada como si pudiera constituir un argumento de autoridad.

Mientras tanto, profesores de Harvard, MIT, Duke, Virginia, Colorado, California-Berkeley, el Presidente de la *National Academy of Sciences*, Premios Nobel, profesores británicos, del Instituto Max Planck, de la Universidad de Estocolmo, declaran que el calentamiento global es "en el mejor de los casos algo sin probar y, en el peor, pura fantasía".

¿Se dirá que todos ellos están pagados por la gran industria? Sin duda algunos, pero no todos.

Mientras tanto, líderes de ONG, ecologistas amparados por los medios llegan a ganar fortunas en los EEUU, recogiendo donacio-

nes de buen fe, subvenciones, subsidios negociados o fruto de la extorsión. Son personajes sin ningún relieve científico pero que medran invocándola cuando en realidad se trata de meros activistas.

Se da el caso de una verdadera industria del terror ecológico, promocionado por entidades supuestamente amantes de la naturaleza, con ejecutivos que hasta saben que no deben vestirse bien para disimular su solvencia y adoptar un aire de bohemia científica o de trabajo al aire libre: sin corbata y ropa de sport.

Pero, por otro lado, los responsables de los medios saben que las noticias contra estos ecologistas catastrofistas no cautivan al público ya adocenado.

Los gerentes de las ONG saben que conquistar la opinión pública no es tarea sencilla. La campaña contra la investigación nuclear y la energía atómica llevó su tiempo y el eje convocante más eficaz fue igualmente el miedo, sin necesidad de apelar a argumentos fundados en investigación científica.

Los científicos *in toto* tampoco son inocentes. Ya en los años 70 todos los climatólogos creían que volvía una edad glacial. Estaban convencidos de que el mundo se estaba enfriando. Pero una vez que apareció la teoría del calentamiento global la acogieron sin chistar porque provocaba una conmoción y una oportunidad para hacer una llamada a la acción y eso aseguraba un lugar en la opinión pública, habitualmente indiferente a la ciencia. Un alto número de geógrafos, geólogos y oceanógrafos, de pronto se sintieron motivados y se convirtieron en meteorólogos para ganar un espacio en una causa popular y salir de su condición de científicos positivistas, indiferentes a la suerte de la sociedad.

Precisiones e incertidumbres

El citado Michael Crichton (9), para ilustrar en qué proporción se ha incrementado el anhídrido carbónico en la atmósfera, escribió: imaginemos la composición de la atmósfera como una cancha de fútbol norteamericano. La mayor parte de la atmósfera es nitrógeno. Entonces, partiendo de la línea del gol el nitró-

(9) New York, 2004.

geno ocupa todo el espacio hasta la línea de las 78 yardas. Y el resto de lo que queda es oxígeno. El oxígeno llega hasta la línea de 99 yardas y de la yarda restante hasta llegar a las 100 la mayor parte es el gas argon, un gas inerte. El argon ocupa un espacio que llega a menos de $3\frac{1}{2}$ pulgadas de la línea del gol opuesta. ¿Y cuántas de esas pulgadas es anhídrido carbónico? Una pulgada".

¿Cuánto se ha incrementado el ambiente carbónico en los últimos 50 años? Ha aumentado $\frac{3}{8}$ de pulgada, menos que el espesor de un lápiz. Eso es todo el anhídrido carbónico contenido en la atmósfera pero la proporción es minúscula comparada con el total.

¿Alguien puede sostener que este cambio minúsculo configura una pauta peligrosa para el planeta Tierra?

Todo ello no obstante, la teoría del calentamiento global prosigue su marcha y nadie parece detenerla. Escriben los ya citados Hans-Peter Martin y Harald Schuman: "El cambio climático ya no se puede detener, en todo caso atenuar y se cobrará enormes víctimas" y citan a Walter Jacobi del consorcio Gering, la mayor compañía de seguros de la industria en Alemania que dice: "Para nosotros, el calentamiento global y sus consecuencias como inundaciones y tempestades son ya hoy un hecho" (10). Pero ¿es que tienen un fundamento científico para hacer semejantes aserciones? No. Se basan en que los años '80 la compañías de seguros tuvieron que hacer frente a 50 catástrofes naturales por año en todo el mundo, con un daño en cada una de ellas de al menos 20 millones de dólares y que, a mediados de los '90 ya se habían producido 125 de tales grandes acontecimientos devastadores al año.

¿No es este un juicio temerario basado más en las consecuencias que en las causas?

Es sabido que las inundaciones, por ejemplo, hoy producen mayores desastres que en el pasado pero no porque sean más violentas o más frecuentes sino porque la urbanización ha avanzado obre tierras antes vacantes, terrenos absorbentes, sin infraestructuras como caminos, puentes, ductos, líneas de alta tensión, etc., que sufren los efectos y tienen consecuencias regionales.

(10) HANS-PETER MARTIN Y HARALD SCHUMANN: *loc. cit.*

¿Cuáles son los argumentos, supuestamente científicos para afirmar que el cambio climático es imparable o que el consumo mundial de energía hasta se duplique de aquí a 2020 o que los gases que produce el efecto invernadero aumentarán entre un 45% y un 90%? ¿Y qué? No interesan tanto los porcentajes que son cifras relativas y pierden significación cuando son irrisorios los valores absolutos. De nuevo se miden efectos cuantitativamente pero no se evalúan las causas cualitativamente.

No deja de ser ingenioso el planteo que hace Giorgio Amadei, emblemático profesor de economía agraria de la Universidad de Bolonia. Imaginó una reunión de sabios del Mesolítico, hace 10.000 años. El orden de día trataba de la eventual limitación de los nacimientos, dado que la población de Italia estaba por superar los 5.000 habitantes y no era pensable que cada ser humano, en promedio, dispusiese menos de 60/70 km². Esos habitantes debían vagar fatigosamente en los bosques y praderas recogiendo algún fruto y cazando algún animal para su sostén. Hoy, gracias gracias a la intervención humana sobre la Naturaleza, la domesticación de los animales y la agricultura protegida, para cada italiano resulta suficiente 1/200 de km² del territorio nacional (11).

Esto lo entiende cualquiera pues mirar hacia atrás es fácil pero hacerlo hacia delante exige imaginación y confianza en el género humano que si hasta ahora ha sobrevivido es posible suponer que lo seguirá haciendo pero no, necesariamente, conjugando las variables en juego hoy sino en el contexto de problemas totalmente diferentes.

El terrorismo ambiental razona como aquellos sabios del Mesolítico: se aterran y aterran a los demás.

El profesor de economía Walter E. Williams de la Universidad George Mason en Virginia, EEUU, publicó en la revista *New Dimensions* un artículo en el que recuerda que en la conmemoración del Primer Día de la Tierra (12), en 1970, los ambientalistas advirtieron que vendría una nueva era de hielo y hoy, usando los mismos datos se empeñan en hablar de un calentamiento global de la Tierra.

(11) Cfr. PAOLO SEQUI: *Il racket ambientale*, Milán, 1995, pág. 67 et. seq.

(12) *New Dimensions*, agosto 1992.

De hecho, como lo demuestra el citado profesor, el calentamiento de la Tierra entre 1989 y 1990 fue cero. Y un estudio hecho por científicos de la NASA sobre un lapso de 10 años llegó a la misma conclusión (13).

Por su parte, el meteorólogo sueco Bert Bolin sostiene que la temperatura global promedio aumentó 1° F. en el último siglo, especialmente antes de 1940 —mientras estos últimos 50 años no muestran incremento de temperatura que sea apreciable— y que la mayoría de los científicos atmosféricos lo interpretan como una recuperación natural de la Pequeña Edad de Hielo de 1450 a 1850.

En todo caso, es un argumento falso y rebatible fácilmente que el aumento de temperatura en algunos lugares prueba la teoría del calentamiento global. Este se refiere a selectos promedios supuestamente totales (difíciles de medir) producto de complejos modelos, por lo demás harto discutibles, y cuyos resultados varían hasta en un 40%.

¿Quién fue el profesor que dijo que los modelos muestran como deberían suceder los fenómenos naturales si no sucedieran como realmente suceden?

No es el caso tampoco de oponerse a un eventual cambio de la temperatura terrestre pero habría que probarlo mejor. Pero, además, el hecho de que lo haya habido no excluye que haya sido por causas exclusivamente naturales.

Se insiste, sin embargo en que no es posible explicar el súbito calentamiento sin atribuirlo al papel dominante del anhídrido carbónico y al de los gases invernadero de origen industrial. Pero ¿es que lo que no tiene explicación científica (por ahora) entonces debe ser adjudicado inexorablemente a factores humanos? ¿Por esa sola razón?

También se afirma que las temperaturas globales aparecen como las más cálidas de los últimos 2.000 años. Pero —siempre hay un pero— ¿cómo se midieron las temperaturas en el pasado? Solamente por modelos matemáticos aplicados a la climatología, hoy aceptados, mañana desvirtuados.

(13) Cfr. "¿Nazi-ecología?", *Covadonga Informa*, año XVI, núm. 178, Madrid, noviembre de 1995.

Por eso lo que está en discusión no es tanto la inexistencia de un eventual (y efímero) calentamiento global sino la debilidad de las pruebas que se aducen o el constante uso del tiempo condicional en declaraciones que luego se repiten como aseveraciones. Y eso para no referirnos al desproporcionado abismo entre descubrimientos aleatorios y recomendaciones de emprender acciones directas, costosas y poco prácticas.

El *National Resources Defense Council* se apresura a declarar que ya hay evidencias del calentamiento global y es hora de que se realice un verdadero debate nacional —no sobre cuál es la envergadura del fenómeno— sino sobre qué hacer con ello.

Una de las pruebas aducidas como confirmación del calentamiento global es una supuesta elevación de las aguas oceánicas, tema que sigue en discusión y sobre el cual no hay un definitivo consenso. Se dice que los satélites indican una elevación de varios milímetros aunque no consta en ninguna publicación científica explícitamente.

Por el contrario, hay información de que en los últimos tiempos no ha habido concretamente ninguna elevación en el nivel del Océano Pacífico —el más extenso del mundo— y sin embargo se insiste en que se avecina una crecida global.

Se insiste en ello pero no se dice que el nivel del mar está aumentando desde hace 6.000 años, al principio del holoceno, a una tasa de 10 a 20 cms. Cada 100 años. Lo cierto es que sabemos más de la luna que de los océanos. Sin embargo, el nivel de los océanos se presenta como prueba del calentamiento global y del derretimiento de los glaciares.

A pesar de todos los adelantos científicos y técnicos, la atmósfera sigue siendo el mayor misterio de la naturaleza pero los científicos no suelen recordarlo. Una cierta regularidad en la formación, dispersión y pautas que describe el movimiento de las nubes ha querido sea descubierta mediante modelos matemáticos computarizados sin llegar a nada.

Tampoco nadie puede decir con seguridad si el calentamiento global producirá más o menos nubosidad. Por un lado, si aumenta la temperatura habrá más evaporación de los mares y más humedad implica más nubes. Sin embargo, mayores tem-

peraturas significan más vapor de agua en el aire y por lo tanto menos nubes.

El clima es algo muy complejo. Y tanto que nadie ha podido predecir el futuro con precisión por más que se hayan invertido millones de dólares en investigación.

La computación ha prestado una invaluable ayuda pero aun así nadie se anima a pronosticar el tiempo más allá de los próximos diez días y, ello, aproximadamente.

Sin embargo se hacen modelos que supuestamente predicen cambios con cien años de anticipación. Y a veces mil o tres mil años. Entretanto no es posible fijar un claro deslinde entre los fenómenos de exclusivo origen natural y las distorsiones provocadas por el hombre.

El mayor evento en materia de clima global es sin duda el fenómeno conocido por "El Niño" que se produce cuando la temperatura del océano Pacífico —a lo largo de la costa de Sudamérica— sube por encima de los valores normales durante varios meses. Esto ocurre aproximadamente cada cuatro años —23 veces el último siglo— y viene sucediendo desde hace miles de años. No obstante los modelos climáticos no pueden predecir exactamente su oportunidad, ni su duración, ni su intensidad, porque depende de muchas variables. Y si estos modelos fallan respecto de "El Niño", ¿qué se puede esperar respecto de otros fenómenos menos conocidos? Por lo demás, su misma existencia precede cualquier razonamiento que pretenda adjudicarlo exclusivamente al calentamiento global verificado últimamente como excepcional.

Pero todavía hay algo más que agregar sobre "El Niño". Sus consecuencias económicas no han sido tan catastróficamente negativas como se ha pretendido con ligereza. Al alargar la temporada de germinación de las cosechas e inducir a una disminución de consumo de combustible para calefacción se estima que aun deduciendo las pérdidas por inundación y exceso de lluvias, la última vez dejó —créase o no— un saldo positivo.

Según el *Bulletin of the American Meteorological Society*, el impacto de "El Niño" en 1997-98, las pérdidas que ocasionó en los EEUU fueron de unos 4 billones de dólares y los beneficios de 19.

Esto no quiere decir que los fenómenos ambientales no merezcan ser atendidos o que, en otro orden de cosas, permitamos industrias altamente contaminantes o cosas por el estilo.

Una cruzada en los medios

El efecto invernadero y el cambio climático abrupto, a pesar de la propaganda en contra no logra conmover a la gente tanto como la contaminación que, por ejemplo, aterroriza por el riesgo de cáncer, un riesgo inmediato y personal que hace que las organizaciones que lo previenen y lo combaten logren fácil colaboración y donaciones. Pero la verdad es que nadie se asusta tanto por un poco de acaloramiento. Especialmente si no va suceder dentro de los próximos 100 años. Y la extinción de especies tampoco convoca a la gente cuando se les dice que la mayoría de las especies a desaparecer son insectos.

Las entidades embarcadas en la tarea de crear conciencia del calentamiento global como un peligro cierto tienen dificultades en conseguir apoyo y deben recurrir al auxilio de los medios masivos.

Sin embargo, es notable la fuerza persuasiva que tiene la experiencia personal sobre las creencias. Un fenómeno meteorológico cualquiera si es muy acusado, o totalmente inesperado, impulsa a hacer toda clase de diagnóstico sobre el clima.

Por ejemplo, se dice que "antes no llovía así", sin ningún elemento probatorio. Y sin reparar en que debido a que, ahora, las ciudades están saturadas de edificios y de pavimentos, las aguas ya no escurren naturalmente y las obras de drenaje no han seguido el mismo ritmo de las obras edilicias.

Otro tanto ocurre con la percepción de la temperatura cuyos valores se suelen extrapolar con ligereza a toda una estación hasta todo un año en base a recuerdos borrosos e impresiones totalmente subjetivas que, por lo demás, varían de un persona a otra.

El caso es que todo esto suele ser explotado por los apóstoles de la cruzada anti-invernadero, a veces espontáneamente pero otras por algún interés oculto.

La gente de cierta edad es más proclive a convencerse de que estamos viviendo una época de inusitado cambio climático; frecuentemente incentivados por los medios. Pero lo curioso y contradictorio es que unos hallan que los inviernos antes eran más rigurosos y otros que los veranos eran insoportables.

Son consideraciones puramente caseras que omiten muchas variables y carecen de toda verificación científica. Lo curioso es, no obstante, que como quiera que sea alimenta la propensión a aceptar pasivamente cualquier referencia al cambio. No en vano el hombre registra los picos de temperatura que percibe agudamente pero así no puede dar cuenta de los promedios que son el producto de un procesamiento.

Así también la televisión, acudiendo al "pronosticador de turno" llega a afirmar que los glaciares de Groenlandia se están derritiendo, poniendo un énfasis patético, como si pronto fueran a desaparecer. Al mismo tiempo, científicos de Reading, Inglaterra, se hallan realizando simulaciones por computación que sugieren que por el contrario Groenlandia podría perder su banco de témpanos pero sólo de aquí a 1.000 años.

El ecologismo comenzó haciendo un planteo antitético entre naturaleza y cultura. En el que la primera —como el "buen salvaje" de Rousseau— todo era virtud y la segunda causa exclusiva de su deterioro.

Acaso porque se trata de un planteo simplista y los argumentos fueron perdiendo eficacia, la mentalidad verde se concentró en demostrar que el ambiente se está desnaturalizando de un modo global y, no hallando responsable directo, se acusa al cambio climático y, este, a su vez, más indirectamente, como resultado del calentamiento global causado por la emisión de gases invernadero a la atmósfera.

El planteo más corriente obliga a responder dos preguntas clave: 1.ª) ¿es correcto que se está produciendo ya un abrupto cambio climático?, y 2.ª) ¿esto sería consecuencia de una intervención humana?

Respecto de lo primero hay lugar para serias dudas, habida cuenta de que los argumentos no pasan de ser meramente estadísticos y abarcan período recientes relativamente breves. Y en

cuanto a lo segundo está comprobado que los cambios climáticos, incluso los abruptos, no son excepcionales sino la regla en la Naturaleza. Por lo demás, es sabido que hay causas naturales para las catástrofes naturales, como no podría ser de otra forma.

Es curioso que después de haber insistido *ad nauseam* en exaltar idolátricamente las virtudes de la "Madre-Tierra", como se ha hecho de las grandes conferencias sobre el medio ambiente, ahora resulta que se trata de una *mère dénaturée*.

Cualquier persona no adocenada por los medios se preguntará qué ha sucedido con la geografía humana, rama de la disciplina madre de noble prosapia que, de pronto ha sido eclipsada por la ecología humana en la enseñanza elemental. Por un lado pareciera que para ganar prestigio en la opinión general muchos geógrafos se han inclinado por preferir los estudios que hoy gozan de mayor favor popular. O, si no, como dice Philippe Pelletier en *L'imposture écologiste*, ha sido "la voluntad de parecer más científico a imitación de las ciencias llamadas duras o exactas" lo que atrae al docente que cree así legar al gran público y superar así la mala fama de la geografía escolar decimonónica (14).

Otis Dudley Duncan afirma en la *Enciclopedia Británica* que "el énfasis holístico implicado por la misma idea de ecología humana ha constituido una amenaza permanente a la unidad de la disciplina" por cuanto "se trata de expresiones de filosofía social antes que proposiciones teórico-científicas fundadas en la experiencia". Por todo lo cual se suma a quienes aconsejan que la ecología humana se la entienda desde un punto de vista filosófico (*lato sensu*) antes que aspirar al *status* de una disciplina científica.

Hay que recordar que la ecología es primero animal y vegetal y sólo humana por analogía. Si la ecología es bifronte, es el ecologismo el que la unifica pero ideológicamente.

En rigor la ecología estudia sólo un aspecto específico de la naturaleza: la interacción del ser vivo y su entorno físico. Por lo cual resulta un tanto basto —de poco rigor científico— asimilar ecología a naturaleza. Y si hay una ecología humana ésta se refie-

(14) PHILIPPE PELLETIER: *L'imposture écologiste*, Montpellier, 1993, pág. 194.

re a lo que de animal hay en el hombre. Lo propiamente humano, que es lo espiritual, se resiste a ser tratado con el enfoque puro de la ciencia experimental y no es susceptible de ser reducido a tener relaciones determinadas con el medio ambiente. Antes bien, lo peculiar en el hombre no es recibir la influencia del medio sino actuar sobre él. Y esto no es propiamente ecología sino lo contrario.

Curiosamente, entonces, se usa el término para denotar la acción (en un sólo sentido) destructiva del ambiente por el hombre siendo que en sentido estricto se debería tratar de una interacción mutua.

Pero la cuestión de la contaminación es mucho más compleja de lo que se suele creer. Por ejemplo, según un estudio publicado por *Science*, las partículas de la piel como la caspa y las células muertas, así como las bacterias y el polen, son factores de contaminación —involuntaria— mucho más importantes que lo que se creía.

Forman parte de los "aerosoles" que desempeñan un papel crucial en el clima del planeta, según el *Instituto para la Física de la Atmósfera* de la Universidad de Mainz (Alemania). Un 25% de la composición de los aerosoles en diferentes ambientes y estaciones está compuesto por polen, esporas, bacterias, algas, virus y cristales de proteínas entre otros. O sea, elementos provistos por la naturaleza y no producto de las acciones humanas. Recuérdese que un aerosol es un sistema de partículas líquidas o sólidas dispersas en, o rodeadas por, un gas por lo cual, en rigor, la atmósfera terrestre es un aerosol (15).

Final

El objetivo declarado de las investigaciones sobre el calentamiento global es nada menos que la pretensión de gerenciar el ambiente. Algo que no es nada fácil puesto que comenzamos por no saber bien cómo funciona y no se trata de un artefacto.

(15) *La Nación*, 1-IV-05.

Por de pronto no se termina de deslindar la causalidad natural de la humana. Se ha tardado en descubrir que la naturaleza inexplorada —la anecumene— no era tal como se pensaba. Por caso, cuando se fundó Yellowstone Park —el primer parque natural del mundo fundado en 1872— no había ninguna experiencia de preservación y se pensaba que bastaba con apartar dos millones de acres (800.00 Ha) como hizo el Presidente Grant de los EEUU.

Por ejemplo, prohibieron a los indios la caza y dificultaron a los alces el ramonear los árboles o a los castores construir diques. Cuando los castores desaparecieron, las praderas se secaron, las truchas y las nutrias migraron, la erosión del suelo avanzó y la ecología del parque se transformó. A mediados de los años '20 del siglo pasado había tantos alces que hubo que sacrificarlos de a miles para que pudieran sobrevivir naturalmente. El cambio en la ecología vegetal parecía no haber cambiado pero la antigua combinación de árboles y pasturas no volvió.

Los lobos fueron aniquilados y luego hubo que traerlos de vuelta. Se fijó una política de prevención de incendios sin haber comprendido aun los efectos regenerativos en juego.

Sin embargo, la "cultura popular" sigue simplificando el tema de la conservación (16) y, a caballo de él, se monta la cuestión del calentamiento global. No hace falta abundar en por qué el periodismo, la burocracia internacional, medran en torno a la investigación científica en pos de un suelo estable o una notoriedad pasajera. Y eso, descontando a los ideólogos que tienen un interés especial en todo lo que pueda servir para culpar al capitalismo, con razón o sin ella.

Lo que si merece una respuesta más sutil es ¿por qué científicos presumiblemente serios se dejan arrastrar por la corriente y pierden la facultad del recto discernimiento?

La cuestión tiene una raíz profunda y se basa tal vez en el culto de la medición de los fenómenos —cosa que cada vez se hace con métodos más sofisticados— como explicación *per se*.

(16) P. H. RANDLE (editor): *La conservación*, Buenos Aires, 1982, donde el tema se pone en su quicio.

y como meta suficiente como si se tratara de un criterio de verdad. Lo que termina por sustituirla por la precisión de las verificaciones.

Del mismo modo se cae en la simpleza de extrapolar al futuro cualquier dato que denote alguna irregularidad y, en base a ello, se hacen pronósticos fáciles a tan largo plazo que no son comparables en el lapso de una generación. Se supone que las cosas deberían seguir siendo igual como lo han sido hasta ahora. Como si se hubiese olvidado que la regularidad no existe en la Naturaleza.

Dígame también, sin temor, que la investigación científica está siendo manipulada por organizaciones ecologistas que carecen de un genuino amor a la verdad (y tal vez del orden natural) que usan la información no tanto para hacer una contribución al saber sino salvo en la medida en que pueda ser empleada como un arma de la propaganda. Todo hecho —supuestamente científico— vale en cuanto puede impresionar al público: verdadero o falso o tal vez sea peor, verdades a medias. Lo cual no tiene nada de auténticamente científico.

No se olvide que el ecologismo militante dispone de mucho poder y que cuentan con ingentes cantidades de dinero para sus campañas. Dinero que, como ya anticipamos, proviene de algunas industrias muy contaminantes adecuadamente extorsionadas. *Greenpeace*, por ejemplo, recibe donaciones de industrias menos contaminantes a cambio de un *bill* de indemnidad.

En suma, el calentamiento global, el efecto invernadero y el cambio climático no son la amenaza que se pretende. Es verdad que, de alguna manera, el traer la cuestión a la palestra pública ha contribuido a avivar la conciencia de los problemas ambientales en general. Sin embargo se puede tener conciencia sin necesidad de temer una catástrofe. Al contrario, esto último siempre es algo irracional y lo que hace falta es proceder con extrema racionalidad en una cuestión tan delicada.

Ortega y Gasset deslindó la diferencia entre ideas y creencias (17). Creencias son ideas a partir de las cuales se piensa. No

(17) JOSÉ ORTEGA Y GASSET: "Ideas y Creencias", en *Obras*, 3.ª edición, Madrid, 1943, págs. 1657-1701.

se sabe cómo llegamos a ellas, pero "estamos en ellas", más que tenerlas, están, como decíamos, "instaladas".

Esto es lo que ha ocurrido con la cuestión que nos ocupa: se parte de una creencia como verdad de fe.

¿Cómo llegamos a esta creencia? Confundiendo ciclos, periodicidades y correlaciones, que son meramente descriptivas, con explicaciones o demostraciones.

Aclarando las cosas, Chrichton dice que uno puede oponerse a la pena de muerte y sin embargo abogar por un código penal más riguroso. O sea, uno puede tener reservas sobre la teoría del calentamiento global y sobre todo de su versión popularizada y, sin embargo, recomendar el control de la contaminación en todas sus formas.